

## Vida en abundancia...

Por Norma Busleiman

*"El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir.*

*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.*

*Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas" (Jn 10, 10-11).*

Los hermanos me han encargado una charla sobre la *Vida en abundancia*.

En la Palabra leída, Jesús se presenta aquí y se distingue de los ladrones. En la vida también encontramos ladrones que nos quieren robar el alma y al final son estériles.

Jesús nos lleva por un camino de abundancia: *la Vida en abundancia*.

Yo he vivido muchos años de mi vida sin abundancia y sin vida. Mi vida fue muy difícil, tanto en la infancia como en la adolescencia.

Ya en España, a una compañera se le ocurrió llevarme a una tienda de medias. Allí conocí a Marga, su dueña. Una mujer de gran fortaleza, resuelta, de criterios firmes. Rápidamente nos entendimos. Me gustaba ir allí, aunque no necesitara medias. Ella me repetía: "tú ven, no hace falta que compres nada, muchas vienen a mi tienda para charlar, hay muchas personas que necesitan que se las escuche...". Y yo era una de esas, claro.

Charlábamos cada martes o jueves y charlábamos mucho. Yo iba rota, perdida, desilusionada... Mi querida hija Gabriela había sido el detonante. Yo no sabía tratar su adolescencia, no había tenido modelos válidos. Un día me dijo llorando: "me llenas la heladera de yogures y comidas que me gustan, pero no puedes guardarme ningún secreto". Y era cierto.

El motivo era mi falta absoluta de seguridad, de autoestima...

Y seguíamos charlando. Marga me habló de la Iglesia. Yo no tenía cultura cristiana, tampoco tenía fe. Me habló de los curas de Peñalver, de la catequesis de adultos, de que un día podía acompañarla... Empezó a llamar mi atención que al llegar a la tienda encontraba a Marga escuchando un caset. Hablaba un hombre con voz grave, algo ronca, pero no desagradable. Pregunté quién era: "Chus, uno de los curas de Peñalver, el que da la catequesis de adultos; es muy salado, te gustaría conocerlo", dijo Marga.

Y lo conocí. Uno de los días, al llegar a la tienda, allí estaba Chus (hoy Chuschus).

Y fui a la catequesis. Y me invitó al despacho parroquial. Y hablamos. Parecía amigable, cercano. Y hablamos de Gabriela, claro. Pero el teléfono nos interrumpía de continuo. De pronto me dijo: "Vámonos, niña, aquí no podemos hablar". Creí que íbamos a otro despacho, pero no. Salimos a la calle y entramos en un bar!!! Yo imaginé que a las siete de la tarde un cura tomaría un café con leche, eso fue lo que pedí al camarero, pero él dijo: "Yo, una

cerveza"; "entonces yo también", dije entusiasmada por el cambio, "traiga dos *heinekens*". Y seguimos hablando de Gabriela frente a las cervezas. Él preguntaba. Yo respondía y lloraba... Recuerdo que puso su mano sobre la mía en un gesto cercano que agradecí, pero de pronto pensé: "mirá si alguien ve esta escena, ¡quién se va a creer que estamos hablando de la angustia más radical de mi vida!". Finalmente su consejo fue: "Deja a la niña, déjala en paz. Por las tardes no vayas a casa temprano, así no le estás encima. No hace falta. Es muy buena niña y muy responsable. Más adelante ya podrás hablar con ella. Ahora déjala en paz".

Y la dejé. Otro día dijo: "te vendría bien hacer un Seminario que va a empezar". Y lo hice. Todo me llamaba la atención. Las charlas. Los conceptos..., "Dios te quiere como eres..." Sí, pensaba yo, porque no me conoce el pobre Dios, que si no...

Y llegó el día de la Efusión. Fue en Alcobendas. Aquella cripta tan acogedora y sencilla; el Cristo resucitado, nunca antes lo había visto de ese modo; las canciones... Finalmente, el momento que esperaba con inquietud. No lo olvido. Una luz tibia pero intensa, suave pero penetrante me invadió. ¡Me sentí querida tal cual era!!! La luz, como figura de una vida que ¡estaba entrando en mí!!! Era hermoso sentirme querida. Yo, que siempre me sentí "nada". Más tarde, el padre Eusebio me explicaría que cuando los niños fueron maltratados, cada golpe recibido lo perciben como "no vales nada".

Sentí el amor de verdad en mis fibras, en mi ser, por primera vez. Pero el Señor también me puso una comunidad para *practicarlo*. No sabía besar y abrazar de ese modo, no me habían enseñado. Recuerdo especialmente abrazarme a Lourdes Monedero. La comunidad es parte de la vida en abundancia que, a fin de cuentas, es Amor.

La vida en abundancia ha ido creciendo en mí hasta el punto de interpretar mi vida desde los siete dones del Espíritu Santo. Y yo he oído que interpretar la vida desde el Espíritu Santo es tener *Vida en abundancia*.

Soy argentina. Sufrí mis problemas más duros allí. Hace 30 años que llegamos a España mi esposo, Óscar y nuestra querida hija Gabriela. Esa hija querida que lo es más y más, porque el Señor me iluminó la belleza de la maternidad y de una profunda amistad en la que estamos unidas. Óscar, el *gallego* para los amigos, un esposo solícito al que día a día descubro más, desde que el Señor me mostró sus continuos cuidados, silentes, pero nacidos de un profundo amor.

No entendía por qué venía a España. Solo sé que quería hacerlo. En Buenos Aires quedaban mis padres y una corta familia. Luego lo entendí por el don de Consejo, porque el don de Consejo no consiste solo en dar buenos consejos, sino en saber cuál es el camino.

Por él supe que, antes de que yo entendiera nada, el Señor ya había estado actuando en mi vida: que me sacó de Egipto, fue mi Éxodo, y que me trajo a la tierra que mana leche y miel...

Por el don de Consejo también sé que, cuando me desespero, siempre me pone el camino a seguir, a la persona que he de escuchar, de quién he de apartarme para seguirle.

También sé que el Señor está en lo que suaviza, en lo que concilia, en lo que resume delicadeza.

El don de Consejo me enseñó que la firmeza y que la verdad no necesitan de la dureza en el gesto. Y cambió mi dureza en el gesto. También cambió mi desconfianza en el otro por empatía, por prudencia, por un profundo respeto.

Por el don de Fortaleza descubrí que podía mirar mis problemas de Argentina y de mi vida; que podía bajar a mis oscuridades asida fuertemente de Su mano. Ese don que me hizo sentir pequeña y reconocirme pobre con la certeza de que nada podría cambiar por mí misma. Que me hizo soportar pruebas y sufrimientos duros, como la relación difícil que se tornara aún más en los últimos años de vida de mi madre. Pero las soporté con la convicción de que el Señor triunfaría en ellas. Y triunfó... Lo supe cuando me sorprendí orando en lenguas mientras acariciaba su frente y la besaba. Y por el don de Fortaleza perdoné a mis padres. También me mostró las purificaciones del pasado... y perdoné mi infancia y me perdoné.

Por los dones del Espíritu Santo también descubrí que lo que pasó en mi vida no ha sido tan horrible, porque me ha servido para dar una charla sobre la *Vida en abundancia*. Porque el don de Ciencia consiste en ver a Dios desde las cosas que nos ocurren en la vida. En descubrirle donde está y donde no; en aceptar su voluntad.

Cuando nos extasiamos viendo una puesta de sol, la belleza de la naturaleza, cuando le percibimos claramente en ella como su Creador y Rey.

El don de Sabiduría es el que consiste en ver el mundo con los ojos de Dios. Es el don que nos dio Él para amar las cosas, para amarnos a nosotros mismos... Yo nunca me amé a mí misma. Tenía muy grabado el "no vales nada". El don de Sabiduría me ha enseñado a quererme. Sé de mis pobreza, las conozco. También sé que no puedo cambiarlas y me lastiman, pero a los pies de la cruz de Cristo empiezo a aceptarlas, a convivir con ellas y a bendecirlas porque me adhieren a Jesús.

Cuando me pongo los "anteojos de amar" del Señor, me he descubierto amando a mi esposo, a mi hija, a mis padres, a mi familia... amándoles sin la limitación de mis temores. Puedo ver a mis hermanos de la comunidad que el Señor me ha regalado sin "sustos interiores", con la tranquilidad de saber que en las diferencias está el crecimiento.

La marcha del mundo, de la política, el sinsentido de la violencia y del maltrato, me alarman pero no me desesperan. Los sigo condenando y me siguen doliendo, pero ya no me enloquecen.

Me sorprenden los cambios que ha hecho en mí el don de Inteligencia, cuando me lo paso en grande leyendo pasajes de la Biblia. Yo, que de mirarla me salían granitos... que me asustaban algunos de sus términos. Me parecía un Dios perseguidor que me observaba para castigarme... y ahora voy por David, porque me he propuesto leerla secuencialmente, y qué bien me lo pasé

con Sansón y Dalila, con José, con Rut y Noemí viendo la hermosa relación entre suegra y nuera...

El don de Inteligencia también me hace gustar cuando hablamos del Señor con los hermanos, en el trabajo, en las cenas de los miércoles. Cuando me escapo de la oficina un ratito para quedarme callada emocionada frente al sagrario porque necesito Su compañía...

Y dejo para el final el de Piedad, que me ha hecho sentir a Dios como mi verdadero Padre y Madre y a los hombres como mis hermanos. La comunidad, esa gran familia que tanto he echado de menos, y va el Señor y me la regala a manos llenas... Esta comunidad a la que me siento unida, por la que me siento querida y acogida. Me enseñasteis a abrazar, a besar, a disfrutar dándonos la paz como si de "rounds de cariño" se tratase, como diría Mafalda.

Y el don de Piedad ha cambiado mi actitud en casa; recuerdo cuando Óscar decía: "en esta casa hay un ambiente tan duro que se podría cortar con un cuchillo".

Gracias a él descubrí que en mi trabajo ya no tengo subordinados, sino colaboradores; que ya no son un grupo sino que formamos un equipo humano. Mis chicos, que notaron el cambio, me dicen: "antes no se te podía contrariar en nada, nos *asesinabas* con la mirada". Ahora en cambio, en épocas de estrés, si entro a menudo y los interrumpo, me dicen: "andate", con el más puro acento argentino...

Por último, la **razón** de todo lo anterior, el don de Temor de Dios. Porque sin Él absolutamente nada vale la pena. El sinsentido de mi vida, el no haber entendido nada, a veces el cuestionarme por qué estar en este mundo, todo eso quedó condensado en el hombre viejo y mi Señor cambió "mi lamento en baile". Nada de lo anterior duele. No puedo perderle porque no concibo la vida sin Él. Ahora puedo darle gracias por todo lo pasado a pesar de la dureza. Nada de eso tiene importancia al lado de la bendición de haber conocido la *verdadera Vida en abundancia*...

*Madrid, 18 de abril de 2007*